

centro de la propaganda del Norte. Faltó poco para que los terribles Normandos y el poder todavía vivo del paganismo destruyeran todos los trabajos de los misioneros. Hamburgo fué tomada y reducida á cenizas; el incendio consumió la iglesia, los monasterios, la biblioteca. Anscario perdió en un momento el fruto de sus largos trabajos, pero no perdió su confianza en Dios; repitió como Job: «El Señor me lo ha dado, el Señor me lo ha quitado, bendito sea el nombre del Señor!» En el mismo año, sublevados los paganos, echaron al sacerdote que San Anscario había establecido en Suecia. En el momento en que parecían desvanecerse todas sus esperanzas de este mundo, una vision celestial fortificó el ánimo del misionero: el abad Adalardo de Corbia se le apareció y le dijo que estaba llamado á llevar la luz del Evangelio hasta las islas más remotas (1).

Luis el Piadoso empleó muchas veces á Anscario en embajadas. El celoso misionero utilizó sus relaciones para ganarse la confianza de un príncipe danés. Eric estimaba á Anscario más que á cualquier otro hombre; le permitió edificar una iglesia en su reino y predicar en él la palabra de Dios. Cuando San Anscario se decidió á volver á empezar sus trabajos apostólicos entre los Suecos, Eric le dió una carta de recomendacion para el rey de Suecia. En ella dice «que conocia perfectamente al servidor de Dios que el rey Luis le enviaba; que no habia visto jamas un hombre tan de bien ni encontrado en nadie tanta buena fe. Por esto es por lo que, añadí, yo le he permitido en mi reino todo cuanto ha querido para establecer la religion cristiana, y yo os ruego que hagais lo mismo, porque él no busca más que hacer bien.» El rey recibió favorablemente al misionero; pero no podia, dijo, concederle el permiso de predicar el cristianismo sino con consentimiento del pueblo, que tenía más poder que él en los negocios públicos. Hubo una gran division en la asamblea. Entónces un anciano se levantó y dijo: «Rey y pueblo, escuchadme. Conocemos ya el servicio de ese Dios; sabemos que es un gran apoyo para los que confian en él; muchos de nosotros lo han experimentado en los peligros del mar y en otras ocasiones; ¿por qué, pues, hemos de

(1) *Vita Anskarii*, c. 16, 25.

rechazar lo que creemos útil y necesario? En otras ocasiones iban algunos á Dorstat á abrazar por su propio impulso esta religion, conociendo que les sería ventajosa. Ahora este viaje es peligroso á causa de los piratas; ¿por qué no hemos de aceptar un bien que íbamos á buscar léjos y que hoy vienen á ofrecernos á nuestra casa?.....» El pueblo se dejó persuadir por el sabio anciano, y consintió en recibir los misioneros (1).

Anscario era una naturaleza contemplativa y soñadora; durante toda su vida le guiaron revelaciones interiores. Gustaba de la soledad; tenía una celda que llamaba el lugar del reposo y la amiga de la tristeza; en ella se refugiaba cuando sus trabajos le dejaban un momento de descanso. Anscario tuvo que vencer la pasion que le arrastraba á la vida de meditacion para anunciar la palabra de Dios á los paganos. Tenía toda la abnegacion, todo el sacrificio del apóstol; su desinteres y su caridad recuerdan á San Pablo. Aquella alma amante tenía por envoltura un cuerpo débil y enfermo; su vida fué un largo martirio. La humildad de Cristo coronaba aquella santa existencia; á los que ponderaban la virtud de los milagros de que estaba dotado, les decia: «Si yo fuese digno de que Dios se sirviese de mí para manifestar su poder, yo le pediria un milagro, y es que por su gracia hiciese de mí un hombre de bien» (2).

Anscario arrojó las primeras semillas del cristianismo en el Norte; pero los esfuerzos del piadoso misionero no bastaron para consolidarlo. La autoridad real tuvo que venir en ayuda de la predicacion evangélica para acabar con el paganismo en la Suecia. Los reyes de Noruega emplearon la violencia para convertir á los rudos hombres del Norte. Fué preciso el brazo del guerrero para romper la resistencia de las poblaciones paganas de Dinamarca: los Otones, fieles á la mision del imperio de Occidente, se aprovecharon de sus victorias para afirmar allí el cristianismo (3).

Fuera del mundo germano, habia todavía un inmenso grupo de pueblos: los Eslavos. Ya en tiempo de Carlo-Magno se trató de

(1) *Vita Anskarii*, c. 26 y 27.—FLEURY, *Hist. eccles.*, libro XLIX, c. 21.

(2) *Ibid.*, c. 34, 35, 40, 39.

(3) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, p. 34 y sig.

convertirlos; pero la oposicion de raza era un obstáculo invencible: los Eslavos veian en el misionero aleman un enemigo, el precursor de la dominacion extranjera. El cristianismo no penetró entre ellos más que por la fuerza. La conversion de los Prusianos y de los Livonios fué una guerra á muerte: no eran ya misiones, sino cruzadas. El cristianismo tomó las tendencias guerreras de los sectarios de Mahoma.

#### § V.—Apreciacion de la conversion de los Bárbaros.

Hemos rendido homenaje á la santidad y al heroismo de los misioneros; hemos rechazado las acusaciones inspiradas por el odio de secta contra la propaganda católica. Sin embargo, hay algo verdadero en la severa apreciacion que los filósofos y los escritores protestantes han hecho de la obra de la conversion. *Herder* tiene razon en censurar las violencias que con frecuencia acompañan á la propagacion del cristianismo: «¿Cómo fueron convertidas las naciones paganas? Muchas veces por el hierro y el fuego, por guerras de exterminio. De aquí aquellas piadosas cruzadas, cuyos despojos se repartieron los papas, los principes, los caballeros, los preladados, los canónigos y los sacerdotes. Todo lo que no pereció fué reducido á esclavitud, y tal vez hoy continúa todavía en este estado.....» (1).

¿Y cuál es la religion, exclama un historiador protestante, que los misioneros predicaron á los Bárbaros? «Fórmulas teológicas, cuyo sentido no comprendian los mismos predicadores: los milagros del Evangelio y los milagros más increíbles todavía hechos por los santos y por sus falsas reliquias: algunos actos exteriores de piedad, el ayuno, la asistencia á la iglesia, las ofrendas al clero y la obediencia pasiva á todo cuanto él mande. Hé aquí lo que habia llegado á ser la doctrina de Cristo» (2).

A las supersticiones del cristianismo, se añade, se mezclaron

(1) *HERDER*, *Ideen*, XIX, 2.

(2) *PLANK*, *Geschichte der christlichen Gesellschaftsverfassung*, t. II, p. 53.

las supersticiones paganas. Los misioneros tenían orden de no contrariarlas demasiado: tales eran las instrucciones dadas por el papa Gregorio á los misioneros ingleses: «Es menester tener cuidado de no destruir los templos de los ídolos; es menester purificarlos y consagrarlos al servicio del verdadero Dios, porque mientras la nacion vea subsistir sus antiguos lugares de devocion, estará más dispuesta á ir á ellos por costumbre para adorar al verdadero Dios.... Se dice que los hombres de aquella nacion acostumbran inmolar bueyes en los sacrificios; es preciso que esta costumbre se convierta para ellos en solemnidad cristiana, y que el día de la dedicacion de los templos convertidos en iglesias, así como tambien en las fiestas de los santos cuyas reliquias se guardan en ellas, se les deje construir, como antiguamente, cabañas de follaje alrededor de las mismas iglesias; que se reunan allí, que lleven allí sus animales, que los maten ellos mismos, no ya como una ofrenda al diablo, sino para banquetes cristianos, en nombre y en honor de Dios, á quien darán las gracias despues de haberse hartado» (1).... Acomodándose al paganismo, los misioneros favorecieron las conversiones, pero el espíritu pagano subsistió bajo las formas cristianas.

Todo esto es cierto. Sin embargo, sería falso el imputar á los que dirigieron la obra de las misiones un sistema preconcebido de violencia, de superchería y de supersticion. La misma Iglesia, por medio de sus más célebres papas, ha rechazado la fuerza como medio de propaganda. Gregorio el Grande protegió á los judíos contra las violencias de que eran víctimas; no se cansó de recomendar á los obispos la dulzura y la caridad como los únicos medios legítimos y eficaces de conversion (2). El papa Nicolas, que merece, como Gregorio, el nombre de Grande, dice que «si Dios hubiese querido, la fuerza para convertir á los hombres la hubiera empleado por sí mismo, y no hubiera podido ninguna criatura resistir á la omnipotencia del Creador. La fuerza no puede producir una obra agradable al Señor; sin libertad no hay nada bueno» (3).

(1) *GREGOR. M.*, *Epist.* XI, 76 (t. II, p. 1176).

(2) *NICOLAI*, *Responsa ad consulta Bulgarorum*, c. 41 (MANZI, XV, 419): *Omne quod ex voto non est, bonum esse non potest.*

(3) *GREGOR. M.*, *Epist.* I, 35, 47: XIII, 12.

¿Por qué, pues, la Iglesia ha aprobado la sangrienta conversion de los Sajones? ¿Por qué ha dirigido las cruzadas contra los Es-lavos? No hay poder humano que se libre del imperio de las circunstancias y del espíritu dominante de una época. Cuando todo se hallaba en guerra, la religion misma se hizo guerrera: hé aquí cómo sucedió que la religion de Cristo se propagase por medio de la espada. Podemos y debemos protestar contra la violencia en el terreno de la religion; pero no censuremos á los hombres por haber tenido las ideas y las pasiones de su tiempo.

El ideal del cristianismo, tal como Jesucristo y San Pablo lo concebían, no ha sido realizado jamas, ni aún en los primeros siglos de la Iglesia; debemos decir más: es irrealizable, porque tiende á separar completamente el espíritu del cuerpo, el hombre de la tierra. El cristianismo se vió obligado á acomodarse á la naturaleza del hombre y al genio de las poblaciones entre quienes se extendía. Los antiguos no hubieran comprendido una religion puramente espiritual, y mucho ménos los Bárbaros. Para llamar la atencion del espíritu inculto y rudo de los Germanos eran precisos dogmas casi tan bárbaros como ellos. El anuncio de un reino espiritual hubiera tenido poca influencia sobre hombres semi-salvajes; los misioneros se apoderaron de su espíritu asustándolos con los terrores del infierno: la caridad quedó oculta, el temor prevaleció. No era tanto el genio del cristianismo como el de la ley antigua; pero á este precio el cristianismo podia influir sobre los hombres del Norte (1).

¿Podían los misioneros dejar de tener en cuenta las supersticiones de los pueblos bárbaros? El cristianismo era una educacion; se dejan en el niño muchas creencias que se desvanecen por el desarrollo natural de la razon. La educacion de los Bárbaros debia igualmente ser progresiva: «Borrarlo todo á un tiempo en sus almas es imposible, dice San Gregorio; el que quiere llegar á la cúspide, tiene que subir paulatinamente y no de un salto» (2).

Así, pues, la fuerza de las cosas produjo todos los abusos que

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XXXI, 2.

(2) GREGOR. M., *Epist.* XI, 76.

los filósofos y los protestantes atribuyen á los misioneros. Las circunstancias que acompañaron á la conversion contribuyeron á alterar el cristianismo, infectándole con las supersticiones germánicas. Se ha admirado mucho la facilidad con que los Bárbaros abrazaron el cristianismo; muchas veces procedía de indiferencia ó ignorancia. Los pueblos imitaban el ejemplo de sus jefes. Tres mil Francos siguieron á Clodoveo al bautismo como le seguian al campo de batalla. Los Godos arrianos se hicieron católicos, porque su rey tuvo por conveniente cambiar la fe de Arrio por la de Nicea. En la eptarquía anglo-sajona, los pueblos adoptaron el cristianismo, lo abandonaron y lo volvieron á abrazar á ejemplo de sus reyes. El motivo que inspiró á los jefes bárbaros fué indudablemente una vaga aspiracion religiosa, pero aquel instinto estaba poco iluminado; lo que buscaban en el cristianismo era un Dios más poderoso que los dioses paganos. La fuerza arrastraba solamente á poblaciones que no conocian más que la fuerza.

*Beda el Venerable* refiere las deliberaciones de una asamblea de los sabios anglo-sajones sobre la adopcion del cristianismo; sigámosle al seno del *wyppenagemot*. El rey Edwin expuso las razones que le habian hecho abrazar el cristianismo; preguntó la opinion á cada uno de los asistentes. El jefe de los sacerdotes fué el primero que habló: «Mi opinion es, dijo, que nuestros dioses son impotentes, y me fundo en lo siguiente. Ningun hombre los ha servido con más celo que yo, y sin embargo estoy léjos de ser el más rico y el más honrado por el pueblo. Mi opinion es, pues, que nuestros dioses son impotentes.» En seguida se levantó un jefe de los guerreros, y habló en estos términos: «Te acordarás tal vez ¡oh rey! de una cosa que sucede muchas veces en los dias de invierno, cuando estás sentado á la mesa con tus hombres de armas, con buen fuego encendido y la sala bien caldeada, mientras por fuera llueve, nieva y sopla el viento. Llega algun pajarillo que atraviesa la sala de un vuelo, entrando por una puerta y saliendo por otra; el instante de este trayecto está para él lleno de dulzura: no siente ya ni la lluvia ni la tempestad; pero este momento es rápido; el pájaro ha huido en un abrir y cerrar de ojos, y del invierno vuelve otra vez al invierno. Así me parece la vida de los hombres sobre la tierra, y su curso de un instante comparado con

la extensión del tiempo que la precede y que la sigue. Este tiempo es tenebroso é incómodo para nosotros: nos atormenta por la imposibilidad de conocerlo; si pues la nueva doctrina puede enseñarnos algo con alguna certeza, merece que la sigamos» (1). Los discursos del guerrero y del sacerdote anglo-sajón nos dan á conocer los sentimientos que animaban á los Bárbaros. ¡Cosa notable! el guerrero es el que manifiesta los vagos temores que inspira un porvenir desconocido; la vida actual está para él llena de atractivos, pero se asusta ante el pensamiento de lo que vendrá despues de la muerte. El sacerdote es el hombre del cálculo; abandona los dioses impotentes por un dios de quien espera riquezas y poder.

¿Qué habia de resultar de esta disposición de los espíritus? Una mezcla de cristianismo y paganismo. Los Bárbaros trasladaron á Jesucristo y á los santos las groseras concepciones que tenían de sus divinidades; el paganismo reinó bajo formas cristianas (2). En vano las leyes religiosas y civiles unieron sus esfuerzos para destruir las supersticiones que infectaban al cristianismo; sus repetidas prohibiciones fueron impotentes. La lucha del cristianismo contra el paganismo continuó durante toda la Edad Media. En el siglo IX, el obispo de Brema se vió obligado á arrasar los bosques sagrados de su diócesis para desarraigar el culto que el pueblo continuaba tributándoles. El año 1133 se celebró en Aix-la-Chapelle, en Maestricht y en Tongres, la fiesta de Isis; más parecieron allí las mujeres bacantes que cristianas. En el siglo XV se adoraba todavía la luna nueva en varias partes de Alemania (3). Las supersticiones paganas han dejado huellas hasta los tiempos modernos. Nada diremos de los brujos y brujas, triste testimonio de la credulidad y de la crueldad del hombre. Preferimos los espíritus de las aguas, de los bosques y de los hogares, que toman parte en los placeres y en los dolores de los mortales para compartir sus alegrías y alejar sus sufrimientos; se han retirado de un mun-

(1) BEDA, *Hist. eccl.* II, 13, traducción de THIERRY.

(2) Véanse ejemplos de esta mezcla de supersticiones paganas y de ideas cristianas en W. MULLER, *Geschichte der altdeutschen Religion*, p. 110 y sig.

(3) MULLER, *Geschichte der altdeutschen Religion*, p. 59, 134, 131.

do sin fe y sin caridad (1), pero continuán siendo el encanto de la niñez (2). Las poblaciones de los campos se hallan en un estado semejante al de la infancia. Su religion no consiste más que en creencias supersticiosas. La fuerza de la costumbre no basta para explicar la existencia secular de estos errores. Si el cristianismo es impotente para extirparlos, consiste en que tiene él á su vez un elemento supersticioso; alimentando el espíritu maravilloso, al cual se inclina la naturaleza humana, ¿habia de poder destruir el paganismo? La supersticion no será vencida en las masas más que cuando sea vencida en la religion.

(1) MULLER, p. 357, 370, 380, 332.

(2) Esto es lo que la tradicion popular dice de los espíritus de los bosques (MULLER, p. 380).